

SOL BACHARACH

Pasó de alta ejecutiva a adicta a las pastillas y el alcohol en pocos años

EL ADICTO ES UN ENFERMO, LO SÉ, YO LO FUI

Creía que podía con todo y no pidió ayuda. Empezó a tomar pastillas. ETA mató a su marido. Su hermana murió. Buscó fuerza en el alcohol. Bajó al infierno, pero renació

Sol es tan delgada como aguerrida. Tan alta como firme. Tan clara como fuerte. Cuando la vi por primera vez, sin conocerla, nunca pensé que fuera ella. Resuelta.

Sol, pese a su nombre, era como una ráfaga de aire fresco. En una precipitada puesta en escena en mi cabeza, imaginé a Sol como no era. Sus pasos eran rápidos, directos, largos. Conoce el terreno y sabe bien hacia dónde va. Es segura. Ella organiza dónde nos sentaremos. Minutos después, instaladas en mitad de la conversación, la propia Sol descubría sus armas: "Todos los que hemos superado una adicción, sea cual sea, tenemos una

seguridad en nosotros mismos fuera de lo común". Y nada puede ser más cierto.

Elegimos mesa en la terraza. Pide un agua mineral fría.

Perrier, para más señas. "No te imagino con una adicción encima, Sol", le digo. Y se lo digo así porque inspira confianza, dan ganas de charlar con ella. "Ni yo misma sabía que la tenía. Cuando ya me encontré muy mal y yo misma intuía algo, fui al médico esperando que diagnosticara una depresión o algo así. Pero salí con un sorprendente diagnóstico de adicción a psicofármacos y alcohol. ¿Que cómo puede una persona como yo caer en eso, doctora en Derecho, profesora Universitaria? Es más fácil de lo que crees", cuenta sin parar de hablar. "Yo era joven, tenía una brillante carrera

por delante, estaba casada y vivía con mi hijo, un niño que tuve de una relación anterior. Soy la mayor de seis hermanas y siempre he tendido a querer ocuparme de todo, abarcar más de lo que cuerpo y mente son capaces. Sol trabajaba, Sol estudiaba, Sol se ocupaba del niño, Sol estaba pendiente de su familia, Sol viajaba, Sol dirigía su casa. Sol podía con todo. O eso parecía. Era la mujer perfecta. Todo el mundo lo creía. Y yo, obligada a bregar con esa carga autoimpuesta, necesité ayuda. Quería hacerlo todo, y hacerlo bien. Pero mi cuerpo no me acompañaba. Fui al médico y me recetó tranquilizantes. Y ahí empezó la historia".

Mis neuronas se acostumbraron a los psicofármacos. Yo me encontraba mejor, me sentía